

estuvo haciendo que diera unos pasitos para probar si había quedado bien curada.

Convencido D. Juan de que ya había encontrado la punta del hilo, se fué ocultando por los matorrales, montó en su caballo y llegó á su casa, volviendo también Lorenzo cerca de media hora después, muy satisfecho de que nadie lo hubiera visto, remudó, besó la mano á su padre y arrancó para la villa, contentísimo de que hasta allí todo iba perfectamente; pero de repente paró su caballo y reflexionó: — Si tal vez esos señores no quieren que la conduzca de día, bueno será advertirle á mi padre que no me espere, pues cuando le venga á decir sus pareceres, será cuando ya ella esté transportada al curato. Y se volvió diciéndole á D. Juan: — Señor padre, si acaso por una contingencia no puedo desde luego reunir á esos señores y tengo que esperarme hasta la noche, allá me quedo; por lo que si á la oración no estoy aquí de vuelta, no me espere su merced, ni tenga cuidado por mí. — Está bueno, Lencho, está bueno, haces bien de advertirlo.

Partió segunda vez, y su padre á una vista lo fué siguiendo, hasta que convencido de que llevaba buen camino, se volvió á media rienda para la cueva.

CAPÍTULO IV

Sorpresa. — Voló la paloma. — El padre adoptivo. — Noches toledanas. — Propósito. — Lorenzo el aguardentero.

Al salir D. Juan para el camino real quiso la casualidad que se encontrara con el patrón de la hacienda, el coronel D..., que con sus criados, avío, caballos de mano, etc., iba de camino para Zinapécuaro. Se conocieron de muchos años atrás que fueron insurgentes y conservaban muy buena amistad. — ¿Adónde va tan carrera, amigo D. Juan, que parece que va dando alcance á los de Tres Villas, ó que le vienen picando la retaguardia los Tamarindos del Rey. — Así parece, mi coronel, según el afán que tengo para ocultarme y andar listo. — ¿Qué le sucede? lo veo medio azorado y ha de ser cosa grave cuando vd. quiere ocultarse y andar listo, según me dice. — Es un gran cuidado, señor. — Pues cuente con un viejo amigo que lo ama, con cuanto tengo y con cuanto valgo, ¿qué le ocurre? — Una fatalidad, mi coronel, una desgracia. Ese muchacho, mi hijo Lorenzo, no sé cómo, se ha sacado de su casa á Refugito, la sobrina de D. Epitacio. Y relató todo lo que se decía en Jungapeo. — Efectivamente, así me lo han contado; pero no me hicieron mención de Lorenzo sino de otro que estaba ya en la cárcel, y la verdad, no ha dejado de molestarme semejante cosa, porque tenía formado distinto concepto de esa niña; pero según lo que vd. me dice, Lencho es el raptor y anda vd. mirando cómo los pilla: andarán por ahí prófugos y... — No, mi coronel, el muchacho es tan inocentón, que solito se me ha delatado sin advertirlo. Y refirió al coronel la segunda parte del caso. — ¿Y ahora, dijo éste, qué piensa vd. hacer, amigo D. Juan? — No sé, mi coronel, no hallo qué corte darle á este negocio. Esta niña está expuesta á

que cualquiera de tantos sabuesos la encuentre : mi hijo no lo está menos, y si descubren cualquier cosa, se va á armar un enredo de todos los diablos. No puedo yo consentir que esto siga así ; es capaz Lorenzo de hacer otra tontería más grande. Necesito ocultar á esa criatura á los ojos de todos, y por más que discurro, no encuentro sitio en que ponerla, esto me tiene en el mayor cuidado, y estoy de los hombres más afligidos del mundo, mi coronel. — ¿ Para cuándo son los amigos, D. Juan ? ¿ no le acabo de decir que cuente conmigo ? Vamos andando hasta la entrada de la cañada para observar los movimientos del enemigo y proteger esa plaza tan débilmente defendida, de que la traten de asaltar. El asunto es grave, amigo mío, se ha puesto, según me dice, color de hormiga : déjeme á mí hacer aquí el papel de tercero en discordia ; casualmente voy á Zinapécuaro y se me ocurre una zanganada, que adonde me salga bien creo que cortamos á raíz todos los males que sin duda son de fatales consecuencias. — ¿Cuál zanganada, mi coronel ? — Llevarme á esa niña entre las espuelas. dar un brinquito á Acámbaro, y guardándola en el monasterio, evitamos más de cuatro cosas que por ella pueden sobrevenir, dejaremos correr unos días, que pase la tormenta esa criatura en salvo, que ya veremos después lo que Dios dispone. Como esto sólo vd. y yo lo sabemos, nadie, ni el mismo Lorenzo puede suponerse que yo tengo parte directa en ese asunto, y aun cuando ese bribón de Epitacio lo llegara á saber, tendría que habérselas conmigo, y yo le enseñaría á manejar albaceazgos ó bailar el ladeado. Conque, ¿ qué le parece mi determinación ? — Magnífica, mi coronel ; pero le advierto que todos los gastos que se ocasionen yo los pago, pues no debo consentir que después de que me hace este gran favor, se grave en nada. — Pues yo, desde ahora le prevengo que no sé hacer favores á medias ; nada me supone pagar una miserable pensión cada mes, y sobre todo, voy á tener el gusto de que con una piedra se maten muchos pájaros, muchos, amigo mío, y se restregaba las manos de gusto. — Figúrese vd., D. Juan, continuó, que al amparar á esa pobre niña evito que sienta la infamia que ya pesa sobre su cabeza, ó que su atolondrado amante vaya á pervertir su sencillez corazón ; le rindo un corto tributo á la buena amistad

que tuve con su difunto padre, que por honrado y trabajador como vd., se granjeó mi aprecio ; le quito á ese muchacho la ocasión de que cometa otra calaverada mayor, ó de que si el tío llega á saber la realidad, el asunto se ensangrienta, es un meco muy ordinario, y Lorenzo es atrevido y resuelto ; por último, dejo á vd. libre de ese peso, de esos cuidados, inquietudes, pesares y compromisos que le amargarán sus contados días, pues semejantes bocaditos, amigo, no son de tan fácil digestión. — Mi coronel, con qué pagaré tanta fineza, tanta bondad, tanta... — Con una cosa muy apreciable para mí, querido amigo, con un abrazo. Estire esos brazos flacos, ensanche ese afligido corazón y apriete con ganas, que estamos viejos, pero no vencidos. Y acercando sus caballos se abrazaron con efusión, rodándose á D. Juan unas cuantas lágrimas de gratitud por su descarnado rostro, y cayendo una de ellas al coronel en la manga de su chaqueta, exclamó :

— Con esta prenda, amigo mío, estoy recompensado con usura y me doy por satisfecho. Conque no perdamos tiempo.

Tocó las manos y gritó : ¡ Eustaquio ! Á esta voz se acercó su mozo de estribo que venía por detrás á gran distancia. — Véte con esos hombres, le dijo señalando á los demás criados que iban por delante con el avío, luego que lleguen á San José los mandas que sigan de frente para Tarimoro, tú te cortas por la puerta de golpe, llegas á Santa Catarina y le dices á D. Jesús el escribiente que mande á Cirilo con la carretelita á esperarme más allá del puente de Tuxpam, en el recodo del cerro de la Culebra, y tú te sigues á dar alcance á los compañeros, hasta parar en la venta de San Andrés : si acaso yo no llego ahora, muy tempranito siguen su camino y me van á esperar á Zinapécuaro, en la casa del señor Domínguez. Toma la llave de la petaquillá por si se les ofreciere dinero, y véte aprisa para que no me haga esperar Cirilo. El mozo guardó la llave, se tocó el sombrero y partió á galope.

— Ahora, amigo D. Juan, váyase en mi caballo que anda largo, échese á esa niña en la silla de grado ó por fuerza, embroquele mi manga, póngale vd. su sombrero, monte en las ancas, se baja por el arroyo, atraviesa la vega, abre un portillo en la cerca de San Cristóbal, y tomando toda la orilla de la labor

por el lado del río, no va á parar sino hasta el limonero del Buen Suceso, allí descansa tantito mientras yo avanzo, porque me voy cubriéndole la retirada, y después quiero ir de descubierta hasta que lleguemos á encontrar la carretela... pero en vano le estoy marcando el derrotero cuando vd. mejor que yo conoce estos andurriales. Conque sobre la marcha, que el tiempo vuela.

Montó D. Juan en el caballo alazán dosalbo del coronel, y se dirigió violento para la cueva de los Chagolleros.

Al sentir las pisadas del caballo, se figuró Refugio que Lorenzo en lugar de ir á la villa vendría como el día anterior, á estar en su compañía, por lo que tomando su bordón se empenó presurosa á salirle al encuentro, diciendo al tiempo que vió la cabeza del caballo: Qué gusto, Len... y no acabó de decir la frase sorprendida de ver á D. Juan, quedándose inmóvil como una estatua. — ¿Qué haces aquí, Refugito? le dijo con tono cariñoso y como sorprendido. — Nada, Sr. D. Juan, le respondió llena de rubor y susto. — ¿Pero cómo has venido á aquí, por qué has abandonado tu casa? eso es muy mal hecho, hija, mía. — Yo solita me vine, ya no era posible sufrir la cara de mi tía y los continuos desprecios de mi tío, y como no me quieren y... — Ahí me contarás todo despacio, hijita, ahora lo que urge es ponerte en salvo, quitarte de encima cuantas desgracias te amenazan. Tu tío está hecho un león; la justicia te reclama; más de veinte hombres te buscan por todas partes; Lorenzo está ausente y me temo que tu aparición nos ponga en un conflicto; yo no puedo consentir que seas la mofa y el ludibrio de esos pícaros, y no queda más recurso que ocultarte en mi propia casa mientras que vuelve ese muchacho y vemos qué sesgo se le da á este negocio, conque súbete, mi alma, y partamos antes que alguno nos vea salir de aquí. ¿Pero qué tienes en ese pie que está tan entrapado? — Que al venir, por brincar sobre las peñas, me lo torcí; pero ya estoy buena. Y con la mayor docilidad se prestó á subir, queriendo evitar el que D. Juan penetrara adentro y viera todo lo que Lorenzo había acarreado de su casa; además, que la sorpresa, el gusto de ir á una parte tan segura como la casa de su amante, y nada menos que protegida por su padre no le dieron lugar á reflexionar en aquel instante,

antes bien, cierto temor de que los fuera á ver alguno, la hizo violentarse, se embrocó la manga con violencia, se puso el sombrero y decía llena de sobresalto: — Súbase aprisa, D. Juan, súbase y partamos. No se lo dejó repetir más pues amarrándose su pañuelo en la cabeza, se acomodó bien en las ancas y bajó precipitado hasta el arroyo siguiendo á todo el paso del caballo que andaba muy largo, por el rumbo expresado, hasta emboscarse en el limonero á darle resuello al alazán, entreteniéndose á Refugio con conversaciones indiferentes y cuentecitos que la distrajeron completamente y dieron lugar á que ella dijera para sí: Qué bueno es este señor, qué feliz voy á ser con que sea mi padre, y otras cosas por el estilo.

Luego que D. Juan vió pasar al coronel por la orilla del río, siguió sus huellas paso á paso hasta el recodo del cerro de la Culebra, adonde ya estaba lista la carretela. Al verla exclamó Refugio asustada: ¡Ay Jesús, quién sabe de quién será ese carruaje, ya nos vieron! y...

— No te sorprendas, hija mía, precisamente ese va á ser tu puerto de salvamento, allí te espera mi buen amigo el señor coronel, te voy á poner bajo su amparo, fué muy amigo de tu padre y en obsequio tuyo y á mis ruegos toma parte en este asunto que cada día se va complicando. — Pero desengáneme vd., Sr. D. Juan, por el amor de Dios dígame qué va á ser de mí. — El mismo señor te dirá su determinación, yo lo único que te suplico es que te prestes con docilidad á cumplir lo que disponga, que lo obedezcas ciegamente, pues á falta de tu padre, la Providencia Divina hoy te proporciona á este señor, que al saber tu desgracia, voluntariamente se ha prestado con mucho gusto á escudarte con su protección, á preservarte de la infamia más horrorosa que ya tiene vulnerada tu honra, con tal liberalidad, que ni los gastos que esto debe originar ha querido que yo los satisfaga; en esta inteligencia, Refugito, dime lo que piensas, ó te determinas á seguir mis consejos, ó aquí mismo te abandono á tu propia suerte y Dios que te ayude. Anegada en copioso llanto la infeliz Refugio, no sabía en aquel instante á qué resolverse, y sólo pudo decir: — ¿Qué será de Lencho, qué dirá de mí cuando vuelva y no me encuentre adónde me dejó? Ya sabrá vd. muy bien, Sr. D. Juan, el amor que nos tenemos, y es

capaz de hacer una diablura de... — Precisamente eso mismo es lo que el señor coronel trata de evitar á cualquier costa, y si tú verdaderamente quieres á mi hijo, no lo pongas en un disparadero, no lo precipites á un exceso deplorable en que ambos se arrojen á su ruina, ayúdame á salvarlo y salvarte, á ti de la deshonra, de la infamia y horrorosa tormenta que á los dos amaga sin piedad, el cruel destino, la fatalidad, pues si no accedes á ello, conoceré que no lo amas, que tu corazón es falso, que no mereces los sacrificios que por ti va á hacer el coronel, y sobre todo, que no eres digna de pertenecer á mi familia; deja que pase tantito esta borrasca que para lo demás tiempo nos sobra. Y en esta conversación llegaron á la carretela.

Como el coronel fué amigo de su padre y muchas veces lo visitó en su casa, no le era desconocida á Refugito su persona, aunque muy poco lo había tratado, y recordaba muy bien que era visto con mucho respeto, por lo que llena de rubor y sin atreverse ni á levantar los ojos, avergonzada de las circunstancias de presentársele en un humilde traje, que sólo se reducía á unas enaguas de muselina usadas, un rebozo de bolita viejo lleno de rejas, y unos zapatoncitos de gamuza, no hacía más que llorar, obedeciendo maquinalmente lo que le mandaban.

— Qué mal desempeña vd. sus comisiones, amigo D. Juan, dijo el coronel colocándose á la derecha de Refugio en la carretela, tomando las riendillas de un tronco de mulitas abionas muy vivas y trotadoras. — ¿Por qué, mi coronel? — Porque en vez de traerme á esta niña alegre y contenta, llega hecha una Magdalena. Llora, hija mía, llora cuanto tengas que llorar, porque mientras no te vea serena, no me determino á partir; ya te habrá indicado D. Juan cuál es el objeto que me he propuesto; no sé si recordarás que tu difunto padre fué mi amigo, y por eso yo respetaré siempre su memoria. Ahora que veo en riesgo á su hija, al único objeto de la ternura de aquel buen hombre que aprecié con sinceridad, meto el brazo para que sus cenizas no se deshonren, salvando á su hija del vilipendio. Sí, Refugito, á falta de aquel á quien debes el ser, aquí estoy yo, desde este instante te ofrezco, bajo mi palabra de honor, desempeñar sus veces, vigilar por tu existencia, y en un todo labrar tu suerte y hacer tu felicidad, ¿qué dices, hija mía? ¿aceptas los

ofrecimientos de este pobre viejo? Por única respuesta trató de hincarse delante de él; pero conociéndole la intención se lo impidió diciéndole con amabilidad: — No te postres á mis plantas, Refugito, sino desahoga tu pena en mi pecho, aquí entre mis brazos, hija mía, esas lágrimas te purifican y te hacen aparecer á mi presencia tal como eres, inocente, pura y digna por mil títulos de que por ti me interese. Te voy á poner en el monasterio de Acámbaro, y mientras la maledicencia se afana en hacerte aparecer criminal y prostituida, yo haré que florezcan en aquel lugar tus virtudes, para que llegues un día á ser vista y considerada como mereces.

Enternecida Refugio más y más con semejantes palabras que la obligaban, y siguiendo los impulsos de su corazón, no hallaba voces con que demostrar su agradecimiento, y sólo pudo decir con voz clara y entusiasta: Gracias, señor; en sus manos pongo mi suerte, haga vd. de mí lo que le parezca. Y sin que él lo pudiera impedir, le tomó la mano izquierda que tenía con las riendillas é imprimió un beso respetuoso que lo puso lleno de satisfacción, haciendo movimiento con la mano como para librarse, dieron las mulas una fuerte salida, y el coronel dijo: Adiós, D. Juan, hasta la vista. Les tronó el chicote y partieron como rayo por entre aquellos huizachales, seguidos de Cirilo, que montado en el alazán del patrón, iba á corta distancia de la carretela.

En el paraje que le pareció más á propósito se determinó á sestear, tomaron un refrigerio de las provisiones que siempre llevaba en la cajueta, y fueron á hacer parada á San Esteban. Entre los muchos consejos que dió á Refugio le dijo: Ya sé, hija mía, que estás apasionada por Lorenzo, que se quieren desde la escuela, que según lo que me ha contado, se ha conducido contigo con delicadeza y buena fe; que esta ocurrencia última ha sido efecto de la fatalidad y no de un hecho pensado; que ese muchacho hasta ahora no ha dado qué decir de su persona; que descende de una familia honrada; en fin, que no tiene tacha alguna que ponérsele; pero vamos pensando con juicio y sin interés particular. ¿Qué porque reúne todas estas buenas cualidades puede con sólo ellas hacer la felicidad de una mujer? Para que esto sea es preciso que sepa también ganar

un peso con el sudor de su frente, que sepa conservar intacta la honra de sus padres para que haga participar de ella á su esposa y legarla á sus hijos. Todavía es muy joven para asentar la cabeza; su corazón de fuego necesita refrescarse con los golpes de la experiencia; es muy bisono, y como yo tengo empeño en hacer tu felicidad, es necesario que lo juzgue desde cerca, que esté satisfecho de que su amor á tu persona no es una llamara de petate, y si, como lo espero, lo considero digno de merecer tu mano, con mucho gusto se la daré á tu nombre, entretanto procura civilizarte, conducirte como corresponde á una niña de juicio y de tus prendas; no serás conocida en el monasterio más que con el nombre de Refugio R., guarda para tí sola tus cosas para que allí nadie tenga nada que decir de tu conducta; cuanto se te ofrezca, cuanto se te ocurra, escribe, que tu más mínimo seré satisfecho, y la prueba que yo tendré de que eres agradecida, será la de que vea que me tratas con entera confianza.

Al otro día madrugando bien, les alcanzó perfectamente el tiempo para llegar á Acámbaro, violentando su marcha los troncos apostados que tenía ya dispuestos el coronel, y otro que mandó á Cirilo que se llevara para el Salado. En tres días quedó Refugio abastecida de ropa y colocada en el monasterio con muchas y muy buenas recomendaciones, tratándola sus superiores y compañeras con el nombre de la niña R., de manera que pocas veces le hablaban por su nombre y jamás por su apellido verdadero.

D. Juan correspondió al saludo del coronel y se volvió muy enternecido de la escena última que presenció, de manera que á las doce del día se fué presentando en su casa como de costumbre, y de ninguno fué extrañada su ausencia.

Sigamos ahora con el decidido amante, con el fogoso Lorenzo, que lleno de mil venturosas esperanzas, ya se consideraba que ese mismo día conduciría á su amada para el curato: ya se iba previniendo para recibir, tanto de su maestro como de su padrino, una buena regañada, y que después de echarle un largo sermón, su parecer sería el que en la noche antes se había supuesto, y embriagado en tan gratas ilusiones hacía brincar á su caballo rosillo por aquellas quebradas, cortando

terreno para llegar cuanto antes; pareciéndole aquel camino más largo que nunca, comenzó á trastornarle sus halagüeños planes la noticia que recibió en el curato de que su padrino había marchado esa madrugada para Orocutín á bendecir un nuevo trapiche, y que no regresaría pronto; se fué muy disgustado para la escuela, y al ver á su maestro rodeado de muchachos no quiso decirle nada del asunto sino que sólo lo saludó y se fué para la casa á hablarles á las señoras, no cesando de ir cada rato á la parroquia á ver si había llegado su padrino; por fin, hasta las cuatro de la tarde hubo razón de que habían detenido al señor cura en la hacienda y no volvería hasta el día siguiente, por lo que aplazándose solo para volver, se despidió de su maestro sin que éste se metiera á averiguar el negocio que lo traía; formándose de nuevo otros planes se dijo: — Yo no me puedo esperar aquí hasta el regreso de mi padrino; esa niña está muy expuesta y debo vigilarla; en mi casa dejé dicho que no me esperaran, voy á llenar mis arganas de bastimento, llevaré una poca de cebada para mi caballo y voy á acompañar esta noche á esa pobrecita que ha de estar allí sobresaltada y con cuidado por mí. Se habitó de chocolate, pan, sardinas, bizcochos, dos botellas de vino y cuanto pudo, sin olvidarse de su rosillo, y á buen paso se fué bajando por el rancho de los Burgoas para no encontrarse con algún conocido y llegar á Capirio al obscurer, eligiendo para su travesía el camino más largo y andando lo más espacio posible graduando el tiempo.

Luego que llegó á la cueva, no mirando por allí á Refugito, se dijo: — Ha de estar esa paloma en el nido; ya se ve, ha pasado un par de noches endemoniadas, ha de estar recogida, voy á sorprenderla con presentarle una taza de chocolate de mi mano. Prendió lumbre, y mientras hervía el chocolate, improvisó la mesa, sirviendo de mantel el sudadero, y colocó en ella los demás manjares para la cena. Así que echó el chocolate en una cazuela, sirviéndole de plato otra más grande, con su pan rebanado, las tomó con una mano, llevando en la otra un guaje con agua, y se dirigió para adentro gritando: — ¡Señorita! ¡señorita! no duerma siestas tan largas, porque el Caracas se enfria, y con no poca sorpresa comenzó á buscar por aquellos rincones, tomó un ocoquito encendido y prosiguió su busca:

todo estaba en el mismo estado que él lo dejó en la mañana, pero Refugio no parecía : se sale precipitado, en un momento recorre todos los escondrijos, mira por todas partes, y fijando la atención en cuanto le rodea, advierte el bordón recargado en un lado de la entrada de la cueva, luego estiércol de caballo por distinto lugar de donde ponía él el suyo, unas pisadas de zapatos de hombre más anchas que las suyas, y por último, otras huellas de caballo herrado que subió por un lado y bajó por otro hasta el arroyo. No le cupo ya duda de que la paloma había volado : lleno de rabia maldiciendo su confianza, exclamaba desesperado tirándose de los cabellos y dando puntapiés á los trastos del chocolate : — ¡Los quinientos pesos malditos! ¡los quinientos pesos! ¡Quién sabe qué miserable se los habrá ganado! ¡Pero yo le prometo quinientos machetazos! Y tirando de una punta del sudadero, aventó bien lejos todas las viandas, ensilló prontamente, se montó, aflojó la espada de la vaina, hecho un demonio bajó precipitado y se dirigió para el pueblo, determinado á sacarse á Refugio mas que fuera de la cárcel, macheteando al mundo entero. — ¡Con mil demonios! se decía, bien pueden asegurarla en el quinto infierno, de allá me la saco esta noche, y quiera que no quiera mi padrino, yo lo obligaré á que nos case, ó me largo por ahí con ella mas que nos lleve Judas en cuerpo y alma; pero D. Epitacio no se ha de quedar riendo : como mi padre me dijo que el delito de que acusan al tal Plácido de habérsela robado acrimina á los dos, la han de tener en las casas consistoriales, ó depositada en otra; de cualquiera manera me la pillo y se la paso al tío por sus bigotes, á ver si es hombre de quitármela.

En estas y otras desesperadas disposiciones, llegó al pueblo cerca de las ocho de la noche, hizo cuantas indagaciones le sugirió su empeño, hasta que despechado, creyendo que lo engañaban sus emisarios, él mismo se satisfizo de que no sólo no habían traído á Refugite, sino que ni razón alguna había de ella, se fué ya muy tarde para la casa del curandero, suponiéndose que tal vez aquel hombre, único que estaba en el secreto, queriendo hacerle un buen servicio se la había llevado para su casa, ó que por la codicia de los tales quinientos pesos, le había jugado una felonía. Luego meditando decía : — Pero si

este hombre no tiene caballo, ni mucho menos herrado de los cuatro pies; el estiércol indica que está cuidado en caballeriza y es fino, no hay duda de que bajó hasta el arroyo. Voy muy temprano á seguir el rastro, y me quito el nombre de Lorenzo si no consigo encontrarla : le espiaré los pasos á D. Epitacio, nadie me quita de la cabeza que él se la ha llevado, le habrá dicho ella la verdad, y ya porque me tiene tantito asco, ó por no quedar en ridiculo con sus acriminaciones al pobre de Plácido la ha de ocultar á los ojos de todo el mundo. Probó con el curandero todos los medios para conseguir noticia, le hizo mil ofertas, amagos y cuanto le pareció conveniente, y nada pudo sacar en limpio, por lo que se volvió para la cueva á la madrugada, lleno de la más cruel incertidumbre; allí se le hicieron más penosos sus recuerdos, le parecían eternas las horas, y tan pronto como amaneció se fué á pie siguiendo el rastro del caballo herrado con mucho tino, hasta llegar al Limonero de Porua, advirtiéndole que las huellas marcadas con los cuatro pies eran de caballo de paso y que llevaba ancas; pero como más adelante del dicho Limonero se seguía el pedregal y había varias veredas para distintos rumbos, imposible le fué encontrar más indicio, á pesar de haber corrido por todos ellos una gran distancia, de manera que tuvo que volverse sin haber obtenido más ventaja que notar otras holladuras por el mismo tránsito, lo que le hizo inferir que no había sido uno solo el que se llevó á su adorada, y más, creía que D. Epitacio, seguido de un criado, era quien se la ocultaba. Por fin, con el corazón devorado de la más profunda tristeza, resolvió volver á su casa, procurando siempre ocultar á todos su pesar y empeñado en que la había de buscar con tesón hasta encontrarla.

Cuando llegó le preguntó su padre : — ¿Qué sucedió por fin con tu consulta, Lorenzo? me has tenido lleno de zozobra.

— No pude reunir á esos señores, contestó; mi padrino se fué á Orocutín y hasta hoy volvería, y por no estar allí de ocioso me vine á dar á vd. parte y darme otros baños en Porua, porque este golpe me sigue molestando. — Pues si quieres véte esta tarde á ver si logras reunirlos. — Eso haré, señor padre, y mañana le diré lo que disponen. Remudó, y con el pretexto de ir al baño anduvo por todas partes buscando hasta las

cuatro de la tarde, en que volviendo á tomar su rosillo también supuso el viaje á Zitácuaro y se fué á poner en sitio más á propósito á espiarle los pasos á D. Epitacio y observar los movimientos de los del pueblo. En vano fueron sus planes, pues no aventajando nada se retiró á la cueva á acabar de pasar la noche, presentándose al siguiente día en su casa diciéndole á su padre, que su padrino dilataría en la hacienda, pues como había comenzado la zafra estaba muy entretenido, agregando: — Yo no pienso insistir en el negocio porque la verdad me ha resfriado el ver que creo que eso que se dice en el pueblo va siendo cierto: vd. tiene mucha razón en oponerse y yo no quiero causarle nunca ningún pesar, por lo que si á su merced le parece dejaremos la cosa en tal estado, y que el tiempo aclare los hechos. — Sí, hijo, el tiempo, ese es el único que hace olvidar un tanto lo pasado, que advierte lo presente y nos alumbrá para lo futuro: mucho te agradezco que me des esta prueba de amor y docilidad, quitándome del corazón un grave peso que amargaba mi existencia. Vamos á nuestro trabajo que Dios nos irá marcando el camino que debemos de seguir.

Después de haber buscado perfectamente por aquellos contornos, sólo pudo averiguar de un indio regador, que el día aquel fatal en que desapareció Refugito, vió pasar por la orilla de la labor de San Cristóbal á un hombre con una mujer en la silla; que llevaba embrocada una manga azul; que iban muy aprisa en un caballo grande y á cierta distancia los seguía al galope otro jinete envuelto en un jorongo de colores, fino, en un caballo obscuro que no distinguió muy bien. Y por más conjeturas y reflexiones jamás pudo ni siquiera sospechar la verdad: esto lo tenía cada día más melancólico y no hallando modo de continuar sus pesquisas por otras partes, obligó á su padre á que le buscara colocación en cualquiera de las haciendas del valle. Como D. Juan era tan conocido y Lorenzo tan útil por su buena letra, cuentas, oficiosidad y simpática presencia, fácilmente se logró destinarlo en Tiripitío; así que buscó en todo ese rumbo, en las rancherías y pueblecillos, fingió motivo para separarse, y así fué haciéndolo con diversos pretextos y recorriendo todo el valle sin hallar ningún indicio y sin sepa-

rarse jamás de su propósito; de manera que en diez y ocho meses tuvo doce colocaciones hasta regresar á su casa con la misma incertidumbre con que salió de ella, volviéndose naturalmente tético, melancólico, y aunque se esforzaba por aparentar buen humor y alegría, cualquiera que lo viera con detenimiento no dejaba de observar que aquel joven tenía en el corazón alguna cosa grave que lo atormentaba cruelmente, siendo tan reservado que á nadie confió su secreto ni le dió á conocer sus pesares, sino que cuando le era ya insufrible su pena, en lo más escondido de aquellos breñales ó en la obscuridad de la noche, desahogaba su corazón con renegar de su fatal estrella, terminando con llorar su desventura y afirmar su propósito de buscar á Refugito por cuantas partes pudiera, creciendo más y más su pasión, sin que el obstáculo tan grande que se le presentaba fuera causa de que prescindiera de su empresa. Ya tenía quince días de estar en su casa de ocioso, pues aunque se comedia á hacer alguna cosa, no por eso había ocupación en que trabajara todo el día, por lo que estaba fastidiado, violento, y discurriendo ver cómo seguía en sus indagaciones por otros rumbos, después de haber registrado todo el valle á su satisfacción: su padre conoció su inquietud y una tarde le habló en estos términos:

— ¿Quieres decirme, Lorenzo, en qué piensas ocuparte? He visto con demasiado pesar que le safas el cuerpo al trabajo: en diez y ocho meses largos has estado en doce colocaciones regulares ocupando destinos, en ninguna has hecho pie y así jamás podrás caber en ninguna parte, ni mucho menos hacer tu suerte, porque piedra movediza nunca cría moho: yo tengo mucho gusto con tenerte á mi lado; lo poco que Dios me ha dado es tuyo; nunca me serás gravoso; pero como esto es tan corto yo deseo que me ayudes á aumentarlo buscando por otra parte: que te des á conocer, que tengas trato de gentes, y no se me olvida aquello de que el pan ajeno hace al hijo bueno: no soy conde ni marqués para dejar mis bienes vinculados, el único tesoro que puedes adquirir deberás buscarlo con el sudor de tu rostro, y si ahora que eres joven y comienzas á vivir te fastidias luego luego y no tienes voluntad de trabajar, ¿qué será cuando te halles cargado de años y de familia? ¿cuál es el

porvenir que te aguarda con ese genio inquieto y ese carácter tan variable? Yo quisiera tener el gusto de que cuando Dios sea servido llamarme á su presencia, poder tener el consuelo de dejarte establecido; de que vea reproducirse en ti mi crédito; que jamás desdigas del apellido que llevas, que ha sido respetado y estimado de cuantos lo conocen, y por último, que siendo el báculo de mi vejez, seas el primero en honrar mis cenizas. Te miro distraído, medio asimplado, y algunas veces tienes unos arranques que no parece sino que has perdido el juicio.

— Todo eso es mucha verdad, señor padre, yo también quería hablar á vd. de eso, y ya que me ha tomado la delantera, debo decirle lo que pienso. Muy bien conozco que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme á comer hasta que otro tenga hambre; me puede mucho que porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro que entre otras cosas me decía: que *servir, es ser vil*.

— ¿Pero adónde ha de ir el buey que no are, hijo mío? No hay atajo sin trabajo.

— Allá vamos, padre mío, acábeme de escuchar; lo que á mi menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera, yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena, me causa horror la esclavitud, habilítame vd. con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios á buscar mi suerte. — Pero si, como dices, te horroriza la esclavitud, ¿qué más servilismo quieres que ser esclavo de tus propios animales?

— Eso muda de sentido, señor padre, ellos dependen de mi voluntad, y si me esclaviza el atenderlos y cuidarlos, verá algún día el fruto de mi trabajo; los tendré tamaños de gordos; valdrán más; los cargaré á mi satisfacción; en fin, tendré otras mil ventajas que nunca alcanza el dependiente.

— Y si cuando estés muy hallado te asaltan en el camino, se te desrenga una bestia ó te sucede una de tantas desgracias á que continuamente vas á estar expuesto, ¿qué sucede?

— ¿Qué ha de suceder? yo siempre tomaré mis precauciones para evitarlas hasta donde puedan mis alcances; si á pesar de eso me sobreviene alguna, redoblaré mi trabajo para restaurarla, y quiera ó no, tendré que aguantarme fuerte; en lo más seguro hay riesgo, ninguno está exento de una mala hora; en fin, voy á probar fortuna, señor padre, déme la mano para ver qué tal me pinta ese giro, que si yo veo que no puedo por ese lado buscar mi vida ni vencer los inconvenientes que se opongan á mi suerte, no me haga vd. tan tonto que quiera no más estar perdiendo el tiempo sin medrar.

— Hay otra cosa sobre eso, Lorenzo, que no es de mi agrado y en confianza te lo digo: para que los aguardenteros puedan tener alguna regular utilidad, necesitan no sujetarse sólo á sus fletes sino engañar á sus marchantes adulterando su efecto, ó contrabandear para excusarse de pagar los derechos de alcabalas, ambas cosas son ilegales y me repugna ese modo de buscar el dinero, que por lo general es salado y no les luce.

— Esos son escrúpulos, señor, porque si el aguardentero echa agua es porque el consumidor quiere pagar barato sin hacer mérito de la calidad del efecto; y respecto de las contrabandeadas se ha generalizado tanto que el comerciante, el hacendado, el propietario, y hasta el infeliz indio carbonero procuran ver cómo excusan los derechos, impuestos, peajes, contribuciones y cuantas pensiones gravitan sobre ellos, contraviniendo á las leyes, y el dinero que dejan de pagar no se les sala sino que lo ostentan en su lujo y lo tiran con franqueza. Disimúleme vd. por ahora de su modo de pensar así como lo hace con todos, y como sólo voy á tentar el giro, ya veremos para después cómo discurrimos el modo de que no le sea tan repugnante. Pecho al agua, señor padre, déme ese gusto antes de que me pegue una tiricia en este páramo, donde se me figura que no puedo ni aun respirar.

Aunque no convencido D. Juan de las razones de Lorenzo, tuvo al fin que acceder por evitar que tal vez fastidiado tomara

otra determinación, por lo que á supesar le dijo: — Vamos á ver qué sucede, Dios quiera que te convenzas que esa manera de hacer dinero no es para ti, que es más satisfactorio buscarlo rociando los terrones con el sudor de la frente.

— También se suda en el camino, padre mío, los riesgos y dificultades que se venzan también deben ser satisfactorios, y ahora le devuelvo sus sentencias, adónde ha de ir el buey que no are, no hay atajo sin trabajo, y le agregó, que el que no se arriesga no pasa la mar.

— Pues anda á ver á mi compadre de mi parte y arregla con él el modo con que te debes acompañar, para que á su lado vayas haciéndote de relaciones y aprendas á comerciar.

— Dios le dé el cielo, padre mío, y le conserve la vida como se lo pido con el corazón. Le dió un abrazo muy apretado y corrió lleno de gozo á ver á su padrino diciendo: — Ahora si tendré oportunidad de buscar á esa niña por donde me parezca, pues con pretexto de conseguir entregos, no dejaré sitio en que no prosiga con mis pesquisas, vamos á ver quién se causa, si la fortuna en abatirme ó yo de sufrir esta incertidumbre, este tormento que me aniquila. Desde luego admitió su padrino sus proposiciones y sin perder tiempo salió de su casa á los tres días; después de haber recibido la bendición de su padre, estirando dos mulas flacas mal aparejadas, cargadas con cuatro castañas vacías que le prestó el padrino, vestido ya con traje de arriero, su itacate en los cojinillos, cuatro pesos para gastos, y un valecito para que en Púcuaro le fian el aguardiente, que cargara su chinchorro, montado en la yegua mora lunanca, acompañado de Simón, un muchacho como de diez y ocho años, huérfano de la casa, á quien D. Juan recogió desde muy niño; con tan miserable aparato emprendió su nueva carrera contentísimo de continuar sus indagaciones que era el objeto principal que se propuso.

Unos cuantos viajes anduvo acompañado de su padrino, pues era muy andariego, no le arredraban las distancias, mal camino ni ningún inconveniente para ir hasta el rancho más retirado á entregar media jarra de aguardiente, dándole esto por resultado que vendía bien, daba su buscada y repetía sus viajes cada rato con una regular utilidad.

En uno de sus viajes se le reunió el señor coronel cerca de

Capirio, y al pasar por enfrente de la canada advirtió que sin poderse contener, exhaló un profundo suspiro y miraba con ira para la cueva, el coronel se la quedó mirando también y exclamó: — ¿Qué bonita cueva esa, no, Lorenzo? — Maldecida, señor coronel, reniego de ella. — ¿Pues qué motivo tienes para tratar así á las obras de la naturaleza? — Porque cuando esas obras no son el abrigo de las fieras, sirven para que en ellas se cometan vilezas.

— Dices bien, hijo, no me acordaba que ahí fabricaron tlacos falsos y que por eso la llaman la cueva de los chagolleros. Y despidiéndose picó su caballo y prosiguió su camino diciendo para sí: — Este muchacho todavía resuella por la herida, no le ha bastado ser arriero para borrar de su mente la imagen de su adorado tormento: vamos á ver si, como me ha dicho mi amigo, la presencia de esa niña fué la que contribuyó para que aprendiera y no se fastidiara en la escuela, ahora su ausencia le facilita hacer fortuna y que no le repugne trabajar, que en cuanto yo lo vea ya con un capitalito con que medio pueda establecerse, tendré el gusto de facilitarle cuanto apetece; vamos por ahora á que sepa ganar la torta, lo fomentaremos para que pronto haga su suerte y luego le daremos la golosa; lo aprecio, quiero hacerlo feliz, y con una friolera puedo lograr mi objeto.

Ya tenía sobre ocho meses de estar en continuo afán repitiendo muy á menudo sus viajes con buen éxito respecto de los intereses; pero de sus pesquisas estaba en la misma incertidumbre, cuando el patrón, poniéndose á platicar con él en la hacienda, le dijo: — Vamos á cuentas, caballerito, ¿quieres decirme, Lorenzo, qué es lo que haces con lo que ganas? Yo te veo trabajar y trabajar y tú no medras: ¿qué juegas, hombre? ¿por qué no te luce el dinero? — No juego, señor coronel; Dios me libre de ese vicio: si no me luce el dinero es porque ahora estoy como los pollos, encañonando y sin plumas. Muy bien recordará su merced que he comenzado el giro con miserables elementos, y en el corto tiempo que llevo de aguardentero, he conseguido mucho: las dos mulas viejas y flacas que me dió mi señor padre ya las repuse con dos machitos nuevos, su jato está regular, la yegua se la dí á Simón y yo merqué un charchinita para mí; ya no cargo once jarras fiadas, que fué lo que aguantó mi gran

hatajo; ahora llevo tres barriles que importan noventa pesos, y los pago al contado; á mi padre le he regalado algunas frioleras que pasan de cincuenta pesos; tengo cosa de treinta guardados y como otros tantos repartidos en piquitos que recojo á vuelta de viaje. Eso, señor coronel, es cuanto he podido conseguir hasta hoy, y no me remuerde la conciencia de haber malgastado un peso.

— Y si yo te dijera, Lorenzo, para que no pierdas tiempo y cuanto antes labres tu suerte: escoge diez ó doce mulas con que pares tu chinchorro á todo tu gusto, entre toda la mulada de la hacienda, habilítalas de su jato bien, carga veinte ó veinticinco barriles rehenchidos, toma cincuenta pesos para gastos, lárgate á comerciar y me pagas el valor de todo, cómo, cuándo y de la manera que tú quieras, ¿qué me responderías, hijo mío?

— Señor, contestó lleno de júbilo, ante todas cosas lo primero que haría sería demostrar á vd. de la manera más expresiva mi agradecimiento, y después trataría de convencerlo de que no podía desde luego recibir su favor para que no lo atribuyera á un desaire, porque tal vez queriendo hacerme ese singular beneficio, podría resultarme en un grave perjuicio.

— No entiendo por qué lo dices, explícate; mis intenciones son sanas, te aprecio y quiero darte la mano, hacerte hombre. — Todo eso lo conozco, señor, y se lo agradezco en el alma; pero eso mismo me hace no aceptar de luego á luego su generoso ofrecimiento. ¿Qué hago con cargar veinte barriles ó veinticinco? si antes no tengo adonde colocarlos, me voy á ahogar en el aguardiente: no tengo un arriero útil que me acompañe, y aunque mi muchacho es inteligente nos vamos á atrojar: las mulas no saben arrecuarse, no han salido al camino largo; en fin, me encuartaba y de todo no resultaría más que un perjuicio. Yo le suplico á su merced, señor coronel, que ya que tiene tan buena disposición, se convenza con mis razones y no se dé por sentido, sino que irá poco á poco recibiendo su protección, y le empeño mi palabra de que no se pasará mucho tiempo sin que me vea con mi chinchorro de diez ó doce mulas hermosísimas salir por esa puerta con veinte ó veinticinco barriles rehenchidos de aguardiente; permítame por lo pronto que sólo cambie mis machitos por dos buenas mulas, y conforme vaya yo exten-

diendo mis relaciones irá aumentando los animales, de manera que pueda cuanto antes formar mi chinchorro, darle ese gusto á mí patrón y yo no quede mal en satisfacer su valor agradeciéndole siempre tanta bondad. — Corrientes, concedido, ya sabes cuál es mi empeño; cuenta conmigo y haz lo que te parezca; me he empeñado en hacerte feliz. — Pues empecemos porque le patente mi gratitud, señor. — Eso será para después: comenzaremos por donde debe de hacerse: llámame al purgador, á D. Luis, ó al que esté en la mesa del despacho.

Se presentó el purgador y le dijo el patrón: — Este muchacho Lorenzo, que coja de la hacienda lo que guste, ábrale vd. su cuenta y yo me entenderé con él respecto de precios.

Esa misma tarde entre más de doscientas mulas, escogió Lorenzo dos que cambió por sus machos; al otro día salía Simón montado en su caponera estirando las dos magníficas mulas muy bien aperadas, cargadas con cuatro barriles de aguardiente, mientras Lorenzo entró á despedirse del señor coronel, quien le estuvo dando muchos consejos, y luego como en tono preventivo le dijo: — Aprende bien á ganar un peso, no pierdas tiempo en andar echando suspiritos por Capirio, pues en vano reniegas de la cueva de los chagolleros y andas buscando el gato en el garbanzal; no te des á la pena, que con el tiempo y un ganchito... ya tú me entiendes; que Dios te ayude.

Montó Lorenzo en su caballo y arrancó á dar alcance á las mulas medio confundido, aterrado, sorprendido, sin saber qué sentido dar á las últimas palabras de su patrón. ¿Por qué me diría que no suspirara yo por Capirio; que en vano reniego de la cueva de los chagolleros, y aquello del gato en el garbanzal? ¿qué acaso sabrá la fatalidad que me persigue que amarga mi existencia? y adonde agregó lo del tiempo y el ganchito es porque seguramente no ignora nada de lo que me pasa. Pero si yo á nadie le he comunicado mi secreto ni participado mis penas, ¿por dónde habrá tenido noticia? Quién sabe si mi padre le habrá dicho algo. ¿Pero qué puede haberle contado? Que yo quería á esa muchacha y se acabó, pues también él ignora que yo me la saqué y que se desapareció de donde la tenía; pero eso de los suspiros, reniegos y buscadas, es muy cierto y solo yo lo sé. Este asunto se complica: después de tanto tiempo que la-

mento su pérdida, por única luz encuentro esas palabras en boca de mi patrón, de un hombre á quien respeto más que á mi padre; que se ha declarado con tanta franqueza mi protector, y á quien no puedo decir que me aclare ese misterio, ni obligar de grado ó por fuerza á que entremos en explicaciones; esto acrecienta mi padecer y aumenta el atroz martirio que me devora el alma. Pero si no tuviera ningún antecedente, ¿por qué me dijo eso? Hay aquí un misterio que no comprendo, que no está á mis alcances aclarar, yo no puedo creer que el señor coronel me ha dicho eso sin algún fin particular: veremos lo que resulte, y sea lo que fuere siempre le agradeceré su bondad, sin prescindir de buscar el gato y darme á la pena.

Con tanto afán se dedicó á su comercio, que al año ya tenía Lorenzo ocho magníficas mulas propias suyas, un buen macho de silla romito; cargaba diez y seis barriles que en menos de quince días realizaba en sus entregas, y volteaba un capitulito de más de seiscientos pesos, estando el coronel cada día más contento de ver sus adelantos, siendo conocido por *Lorenzo el aguardentero*.

CAPÍTULO V

La sumaria. — Nuevo pretendiente. — El cofrecito. — Amor filial. Comiso.

Retrocedamos ahora á Jungapeo y veamos cuál fué por fin el término del gran escándalo que hizo D. Eпитacio por la desaparición de su sobrina. En vano se soltaron multitud de galgos á la inofensiva liebre: ninguno tuvo la suerte de ganar los quinientos pesos ofrecidos, á pesar de que animados de la codicia buscaron con empeño por todos los contornos y rincones del valle. Luego que se instruyeron todas las averiguaciones, fueron remitidos los reos con su respectiva sumaria para el juzgado de letras. D. Eпитacio, temeroso, y con razón, de echarse más encima la odiosidad de los sujetos aquéllos que complicó en el negocio, hizo cuanto pudo en su favor para que los pusieran en libertad; pero no por eso consiguió su fin, pues resentidos aquellos malvados no esperaban más que una oportunidad para vengarse á su sabor, y mientras le seguían cuantos perjuicios podían hacerle por trasmano, de manera que en poco tiempo casi se paralizó su comercio, no era dueño de alejarse mucho de su casa, temiendo á cada instante encontrarse á solas con alguno de ellos. El infeliz de Plácido estuvo cerca de un año en la cárcel, hasta que no habiendo quién activara la causa, y logrando poco á poco hacerse de confianza con el alcaide, pudo fugarse de su prisión y poner alguna tierra de por medio, quedándose el asunto en tal estado sin que hubiera alguno que á los seis meses de su fuga se acordara de tal suceso. No sucedió así en Jungapeo, pues el D. Eпитacio, así como sus nuevos enemigos le hacían cuanto mal podían, él renovaba su encono contra D. Juan y su hijo, valiéndose de ocultas manos para satisfacer su venganza, sin poder directa-